



EL INSTANTE ETERNO

Félix Jaime Cortés

1º Premio en castellano del Concurso de Cuentos "Villa de Rentería", convocado por Ereintza Elkarte

– “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero...”. Es curioso, pero siempre me han maravillado estos versos de Machado. Por desgracia, mi infancia no transcurrió de forma tan poética. El patio era un cobertizo situado en un barrio maloliente a las afueras de Madrid, a tan escasa distancia de las vías de un tren de cercanías, que hasta el aire crujía cada vez que pasaba éste, y el limonero fue sustituido por un mustio rosal, que acabó muriendo a causa de las meadas con las que yo le regaba todos los días.

– Si empieza hablándome de su infancia, esta entrevista puede durar una semana.

– Me importa tres cojones. Lo que a mí me sobra es tiempo.

El sujeto contesta a mis preguntas de una forma rápida, procaz, puñetera. Mientras despanzurro mis bártulos por la mesa me mira con los ojos entornados, al tiempo que murmura una monserga compuesta por insultos y blasfemias apenas audibles. El suceso ocurrió hace treinta y cinco años, pero por no perder el hilo le pregunto:

– ¿Cuánto tiempo lleva aquí encerrado?

Se lleva los dedos pulgar e índice a los ojos, y estruja los lacrimales hasta que éstos producen un curioso chirrido.

– No lo sé... He perdido la memoria –se mete rápidamente el meñique en la nariz, lo saca, lo observa y se lo introduce en la boca–. Aquí me inflan a pastillas, y todas las noches escucho el sonido que produce mi cerebro al licuarse.

No contará más allá de setenta años, pero el encierro prolongado, agravado por la sordidez de su historia, le han convertido en una piltrafa. Todavía no entiendo los motivos que han empujado al hijoputa de mi director a enviarme a remover la mierda de un suceso tan olvidado como éste.

– Cuénteme cómo ocurrió todo.

Me mira con ojos cansados, húmedos.

– ¿Todo? Tengo, entonces, que remontarme a mi infancia, a los tiempos en los que mis hermanos y yo salíamos a la calle para robar las miserables judías que ni el alcoholizado de mi padre ni la ninfómana de mi madre nos podían conseguir... Pero usted no se puede hacer una idea de lo que le estoy hablando. Sus manos presumen de una refinada educación, y en su cara no se refleja el rictus que se nos queda a los que hemos pasado hambre.

– Según parece, en el momento de conocer a Teresa Vílchez se acabaron sus sufrimientos.

– Teresa fue lo más importante de mi vida. Sin ella, nada tiene sentido.

– ¿Cómo la conoció?

– No lo recuerdo... Creo que fue en una comisaría, sentados uno enfrente del otro, yo con las esposas puestas y ella esperando su turno para presentar una denuncia. También pudo ser a la salida de algún espectáculo, donde acudíamos como moscas los ladronzuelos del barrio para aliviar del peso de sus carteras a la gente. No... No; fue en un parque... El caso es que me enamoré de ella nada más verla, y a ella le ocurrió lo mismo. Aquella misma noche me llevó a su casa, situada en un elegante barrio residencial. Sin enseñarme el resto, fuimos directamente al dormitorio. Los dos estábamos en celo, y teníamos unos cuerpos de lujo... Sólo interrumpimos la jodienda ocho días más tarde, para casarnos.

– Un flechazo en toda regla, vaya.

– Un hachazo, más bien. Yo vivía como en una nube, sin acabar de creérmelo del todo. A la boda no fue nadie, porque Teresa, que era argentina, no tenía parientes, y yo, antes que invitar a algún descastado miembro de mi familia, hubiera preferido suicidarme. Nada más terminar la ceremonia, y para celebrar nuestra luna de miel, corrimos de nuevo al piso de Teresa para seguir follando como locos. Estuvimos tres meses sin salir de casa.

– ¿Cómo se las arreglaban para comer, lavar... Todas esas rutinas?

– Telefoneábamos a empresas especializadas en servicios a domicilio. Teresa, como ya le he dicho, estaba sola en el mundo, y había heredado una fabulosa fortuna en Argentina.

– ¿No se aburrían?

– ¿Aburrirnos? –me mira con ojos incrédulos y cínicos–. Usted está más loco que yo o no ha probado una hembra en toda su vida. El cuerpo de Teresa no incitaba precisamente al aburrimiento. Destilaba lujuria por todos los poros. Hacíamos el amor dos o tres veces al día, seduciéndonos mutuamente en el rincón de la casa en el que por casualidad nos encontramos en un determinado momento. Inventábamos situaciones y posturas rayanas en lo gimnástico, hasta el extremo de llegar, incluso, a autofilmarnos y a fotografiar nuestras sesiones eróticas con la peregrina idea de escribir, algún día, una enciclopedia universal del coito. Si no he realizado todavía tan magna tarea ha sido a causa de mi espesa memoria y de las lagunas que me encuentro al escarbar en ella. Usted se empalmaría al ver una sola de las fotografías que hicimos en aquel momento. Por desgracia, me han negado el acceso a ellas... pruebas del sumario, me dicen... Alguien se la estará pelando a nuestra costa.

– Los médicos le catalogaron, en su día, como una persona que gozaba, entre otras cosas peores, de una excesiva capacidad sexual. Un "ninfómano", para entendernos.

– Algo de esto había, sí. Nuestro caso, desde luego, no era del todo normal. No sé de dónde sacábamos las fuerzas para estar todo el día enzarzados como conejos. Nuestros órganos ardían y rezumaban a todas horas. Recuerdo con nitidez aquella tarde en la que, apoyado en la balaustrada de piedra de la inmensa terraza, vistiendo únicamente un suave batín de seda estampada y un vaso de gin-fizz en la mano, tuve un destello que me heló el alma, al recordar de nuevo los fantasmas de mi juventud, la sordidez de mi infancia, mis años de ratero del tres al cuarto y la

insoportable sensación de impotencia que produce la pobreza. El sol se estaba escondiendo y siempre me he sentido triste en ese momento. Cuando noté de nuevo el roce de la seda sobre mi cuerpo comprendía que todo aquello había terminado, y tuve una incontenible erección al tiempo que sentía cómo se me ponía toda la carne de gallina. Teresa, que tenía la rara habilidad de oler la excitación, llegó en ese momento y me abrazó por detrás. Hicimos el amor agarrados a la barandilla, con rabia, clavando el uno las uñas en el cuerpo del otro. Nunca he vuelto a sentir un placer como el de aquella tarde.

El entrevistado, de repente, guarda silencio. Levanta la vista y observa la curiosa decoración de las paredes de su celda, consistente en un sinfín de rostros de distintos tamaños dibujados al carboncillo, en los cuales no existen ojos, nariz, pelo ni ningún otro rasgo... Únicamente una boca; una bonita y curiosa boca de mujer con una enigmática sonrisa.



– No veíamos la televisión, ni leíamos los periódicos. De vez en cuando, de madrugada, Teresa sintonizaba una emisora de radio en la que emitían un programa, "El umbral de lo imposible", que se dedicaba a recoger llamadas de personas que hubieran tenido alguna experiencia paranormal. Teresa llegó, incluso, a telefonear un par de veces para relatar unas curiosas experiencias de sonambulismo que había tenido de pequeña. Yo acostumbraba a burlarme de ella: nunca he creído en esas cosas.

– ¿Cómo se produjo el suceso?

– A los tres meses de estar encerrados emprendimos un viaje en el coche de Teresa, para recuperar fuerzas y oxigenarnos. Recorrimos Cantabria, Asturias... Parábamos de vez en cuando para hacer el amor, y nos alojábamos, al llegar la noche, en el primer hotel, fonda o antro que nos encontrábamos; por muy cochambroso que fuera.

Una tarde, camino de Santiago, a Teresa le entraron unas terribles ganas de mear, por lo que me vi obligado a parar en un ensanchamiento del arcén al lado de una indicación en la que se leía "A la cruz negra, 1 km". Teresa bajó como pudo la profunda cuneta, y se introdujo unos metros entre los árboles. Yo salí del coche, encendí un cigarrillo y me apoyé en el indicador para oír

tranquilamente el ruido que producían las copas de los eucaliptos al ser movidas por el viento. El sol se estaba poniendo, y en un determinado momento, el aire dejó de soplar. Aquel silencio repentino me produjo una extraña sensación. Tiré el cigarrillo, bajé la cuneta, me acerqué despacio a Teresa, y cogiendo una enorme piedra con las dos manos, le di con ella un golpe que le reventó la mitad trasera de la cabeza. Ella se volvió herida de muerte, y antes de caer de espaldas como un fardo, me miró con esta extraña sonrisa que nos rodea, y que me ha perseguido durante el resto de mi vida.

– ¿Porqué lo hizo? Nadie ha podido explicar todavía los mecanismos que le indujeron a cometer un crimen tan absurdo.

– Ni yo mismo lo sé. Simplemente estaba allí, en aquel momento... Y dejé de escuchar el viento. En aquella época era completamente feliz, y tal vez intuí, de repente, que nuestra relación, tarde o temprano, tenía que terminar. Me vi obligado a eternizar aquel instante, que nunca volvería a producirse. La única manera de hacerlo era acabar con la vida de Teresa.

Durante unos segundos permanecemos en silencio.

– ¿Qué pasó después?

– Nada. Arrastré el cuerpo hasta el borde de la cuneta, donde el terreno era más blando. Excavé un hoyo con las manos, desnudé a Teresa y la enterré allí mismo. No existía la posibilidad de que me vieran desde la carretera, que estaba por encima de mi cabeza, pero tampoco me hubiera importado mucho. Después llegué al hotel que previamente habíamos concertado desde Oviedo, me duché y me acosté. De madrugada llegó la policía, comprobaron mi documentación y me detuvieron. Me llevaron al cuartelillo, y cuando amaneció nos trasladamos al lugar del crimen. El cadáver estaba desenterrado, y al llegar junto a él me preguntaron si lo identificaba como el de Teresa Vílchez. Dije que sí, y los policías siguieron con su trabajo, tomando huellas y fotografías. De pronto tuve un impulso, y dando un puñetazo al individuo que me tenía sujeto, me arrojé sobre el cuerpo de Teresa con la inequívoca intención de hacer el amor. Este acto, según me dijeron después, es el que indujo al juez a encerrarme de por vida en este manicomio. En el lugar se habían congregado ya bastantes curiosos, vecinos de un pueblo cercano, y al pasar por delante de un hombre esmirriado, me escupió a la cara. Después me enteré de que el muy mamón se hizo rico a mi costa, vendiendo folletos a los domingueros que acudían todos los días al cruce de la cruz negra.

– El morbo de la gente es increíble.

– Gracias a eso viven ustedes. Escoja un pueblo anodino, sin historia. Cometa usted un crimen... Y ese pueblo será famoso para siempre. La mente humana está podrida, y sólo pide mierda. La historia de nuestra especie se ha forjado a base de sangre. En vez de escupirme, deberían haberme nombrado hijo adoptivo de aquel villorrio.

La entrevista está llegando a su fin. Siento deseos de herirle un poco.

– A pesar de ser usted un barriobajero y un asesino se expresa como un poeta.

No se ofende. Con una sonrisa resignada me replica:

– Al principio le dije que lo que me sobra es tiempo. He leído más libros de los que usted y sus hijos podrán leer en toda su vida.

Después de algunos minutos, el entrevistado empieza a observarse las uñas nerviosamente. A mi llegada me han advertido acerca de este momento, recomendándome que dé por terminada la conversación. Recojo mis notas y salgo despacio, mientras mi interlocutor se dedica a canturrear. Me dirijo al despacho del doctor que le ha atendido durante todos estos años. Me recibe con una abierta sonrisa, al tiempo que me invita a sentarme en un cómodo sillón.

– ¿Qué tal ha ido? ¿Ha sacado algo en claro?

– Nada que no se sepa ya. Este caso está cerrado, y ya huele a rancio. ¿Conserva usted todavía la cinta de la llamada?

– Por supuesto.



Se levanta, coge un radiocassette situado en lo alto de una estantería y lo trae a la mesa. De uno de los cajones de ésta saca una cinta en la que se lee "El umbral de lo imposible". Mientras realiza los preparativos para escucharla, me dice:

– Esto es lo más curioso del caso. Imagine usted la sorpresa de la policía al recibir cientos de llamadas informando de la ubicación de un cadáver. La cinta nos la regaló un radioyente que grababa el programa todos los días.

Los dos escuchamos atentamente la voz del presentador.

– "Vamos de nuevo con otro oyente. ¿Desde dónde llama, por favor?". Nadie contesta. El locutor repite "¿Quién llama, por favor?". Al momento se escucha, lejana, lenta y gutural, una voz de mujer con inconfundible acento argentino:

– "Me llamo Teresa Vílchez. Mi marido se aloja en la habitación doscientos trece del hotel NUBES, en Santiago de Compostela. Esta tarde, después de asesinarme, ha enterrado mi cuerpo al pie de la indicación de la cruz negra, en la carretera a Santiago. Dense prisa, por favor: tengo frío..."